

**Un acercamiento a la nocturnidad desde dos miradas vigilantes: etnografía y documental sobre el tiempo y la soledad en vigilantes de noche<sup>1</sup>.**

En la presente etnografía, se hace uso de herramientas de la antropología visual para acceder a las percepciones del tiempo y la soledad de dos vigilantes nocturnos en la ciudad de Lima (Perú). Tres son los aspectos que se emplean para comprender las agencias y procesos de subjetivación desde la experiencia de un vigilante de noche en una caseta de 1 o 2 m<sup>2</sup>: su cultura material, sus emociones y sus narrativas. Así, conocer la experiencia de estos vigilantes nocturnos, en jornadas de 10 o 12 horas y sin un reconocimiento de todos sus derechos laborales, supondrá responder qué procesos actúan en cada uno, situados en entornos tan limitantes como los que caracterizan esta experiencia laboral. Como resultado, encontramos que, en esta experiencia, la construcción de sus casetas son un reflejo de sus espacios más íntimos. Tanto en sus habitaciones (lo privado) como en las casetas (lo público), la memoria y los procesos de subjetivación se revelan a través de la cultura material bajo una gramática similar.

**Palabras Clave:** vigilancia, memoria, subjetividad, cultura material, visualidad, autorepresentación.

**Autor:**

**Christian Estrada Ugarte**

Magíster en Antropología Visual por la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP, Lima-Perú). Profesor en la Pontificia Universidad Católica del Perú y en la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC, Lima-Perú).

**e-mail:** [cestradau@pucp.pe](mailto:cestradau@pucp.pe)

**Recibido:** 17 de Enero 2016 **Aceptado:** 5 de Agosto 2016

**An approach to the nocturnal for two watchful eyes: ethnographic and documentary about time and loneliness night watchmen.**

In this ethnography, the visual anthropology tools helps us to access at the perceptions of time and solitude of two night watchmen in Lima (Peru). There are three aspects that are used to understand the processes of subjectivity agencies and the experience of these night watchmen in a 1 or 2 m<sup>2</sup> stall: their material culture, their emotions and their narratives. So, to know their experience, in 10 or 12 hours without recognition of all their labor rights, we'll need answer what processes are involved in each one, located in so limiting as those that characterize this work experience environments. As a result, we find that their huts are a reflection of their most intimate spaces, as their rooms. In their rooms (private) and in their stalls (public), memory and subjectivity processes are revealed through the material culture under similar grammar.

**Keywords:** vigilance, memory, subjectivity, material culture, visuality, self-representation.

**Author:**

**Christian Estrada Ugarte**

Magíster en Antropología Visual por la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP, Lima-Perú). Profesor en la Pontificia Universidad Católica del Perú y en la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC, Lima-Perú).

**e-mail:** [cestradau@pucp.pe](mailto:cestradau@pucp.pe)

**Received:** January 17th, 2016 **Accepted:** August 5th, 2016

Algo cambia en nosotros cuando cumplimos una labor nocturna. Nuestra cotidianidad, por lo general, gira en torno de la luz de día, mientras que replegamos nuestro descanso a la noche, a la intimidad del hogar, de la habitación, de la cama. Esta intimidad es dominada por nuestra concepción de lo privado, y de lo privado en contraste o en oposición de lo público. Y, en este contexto, la noche sigue siendo el momento del sueño y de la no-vigilancia. Pero ¿qué ocurre cuando este momento no se da en el propio hogar ni en la habitación ni en la cama, sino rodeado de un espacio extraño y donde lo público es una constante amenaza, donde nuestra vulnerabilidad se muestra con toda su contundencia? Un vigilante de noche, por ejemplo, ¿cómo restablece su cotidianidad no bajo la percepción de la luz de día, sino bajo la penumbra de lo nocturno, bajo la luz artificial de un poste o de una linterna?

La condición de la luz como parte de nuestra cotidianidad es clave para entendernos y la pregunta que planteo (¿cómo perturba la nocturnidad en la construcción de mi cotidianidad?) trataré de responderla desde la experiencia del vigilante-portero nocturno, personaje muy común en Lima desde los 80; de hecho, ahora no podemos entender esta ciudad sin su presencia. Pero deseo añadirle otra dimensión a la de la luz (o ausencia de luz): el tema del espacio. ¿Cómo perturba un espacio reducido en la construcción de mi cotidianidad? El vigilante-portero en Lima suele laborar en espacios muy comprimidos, pequeñas casetas de 1 o 2 m<sup>2</sup> que encierran su cotidianidad nocturna en 10 o 12 horas (si no más), incluso sin servicios higiénicos a la mano.

En este sentido, mi segunda pregunta la replantearía de la siguiente manera: el vigilante de noche, ¿cómo restablece su cotidianidad bajo la penumbra de lo nocturno o la luz artificial, y en un lugar bastante reducido?

No estamos hablando de un sujeto que vigila una noche o un par de noches un edificio o una empresa clandestina. Las personas que nos interesan viven años en esta labor (a veces sin derecho a vacaciones). Se han visto obligados a habituarse a estas dos condiciones (la noche y el espacio reducido) y, por tanto, a hacer de ellas su cotidianidad.

Consideremos, por otro lado, que un sujeto siempre se está construyendo como tal: quien soy como sujeto entra en diálogo con las condiciones vitales que el entorno me plantea. Cuando conocí a los sujetos que me ayudaron a continuar con esta investigación, todos ellos vigilantes y porteros de noche, la pregunta que trataba de responder era cómo hacían *tanto* con, aparentemente, *tan pocas* herramientas en esas 10 o 12 horas. Me hablaron de sus penas, de su nostalgia, de sus deseos incumplidos, de la soledad que intentan aliviar con recuerdos o ficción, de la música que escuchan o cantan en esas horas. Y fue a partir de estas reflexiones que me propuse desarrollar una tarea etnográfica que me permitiera problematizar el régimen informal actual de vigilancia desde las agencias y tensiones que se establecen en la construcción de la subjetividad en vigilantes y porteros informales en Lima.

**Performatividades heterogéneas: ¿cómo sobrevivir a la hostilidad del espacio y la noche?**

La respuesta a esta pregunta no es la misma no solo de sujeto a sujeto, sino de ciudad a ciudad. Lima vive un ambiente de violencia. Ciudad tensa, en Lima hemos perdido la esperanza de una ciudad en armonía; nuestro ideal de ciudad es, en todo caso, la del castigo. La violencia, como ha sucedido siempre, no evoluciona solo en el campo de lo agresivo o lo que podríamos considerar marginal. En realidad, la violencia no habita fuera de nosotros sino dentro de nosotros. Lima es una ciudad de muros, algunos visibles, otros invisibles. Estos muros los vamos construyendo entre nosotros con una contundencia difícil de superar. Están allí para estructurarnos, clasificarnos y justificar las relaciones de poder que entran en conflicto y que, eventualmente, entran en negociación. Trataré de responder mis preguntas iniciales, entonces, acercándome desde una mirada antropológica a la experiencia diaria de dos porteros y vigilantes nocturnos de Lima, MQ y MCh<sup>2</sup>:

**MCh**

Es un portero y vigilante de noche de un edificio de Miraflores desde hace 9 años. Tiene 44 años, nació en Lima, exestudiante de Contabilidad (U. Inca Garcilaso de la Vega, desde el 2006) y actualmente estudiante de negocios internacionales en el Instituto Santa Rosa (centro de Lima).

Desde sus primeras charlas, los temas que destacaron fueron su gusto por las películas de todo tipo, la música romántica, su madre y su devoción por la Virgen María (católico). Turno: 20:00 a 06:00 (10 hrs.).

**MQ**

Es un vigilante y portero de noche de una empresa clandestina en Barranco (antes ya había trabajado como portero y vigilante nocturno en un pasaje en el distrito de Barranco y en un edificio en el distrito de Miraflores), tiene 68 años, nació en Iquitos, técnico retirado del Ejército. La primera vez que nos presentamos, se describió como buen esposo y padre, «muy leal al Señor» (evangelista), y excomando del Ejército peruano. A lo largo de mi experiencia con MQ, estas tres características siempre estarían presentes. Turno: 19:00 a 07:00 (12 hrs.).

MQ y MCh provienen de grupos socioeconómicos muy diferentes. La llegada de MQ a la labor de vigilante nocturno se produjo como una oportunidad laboral paralela a su época de militar. Cada noche luego del cuartel, en sus días de franco o en sus vacaciones, MQ era vigilante nocturno en caseta para obtener un ingreso adicional que le permitiera mantener a su familia (su esposa y cinco hijos). Su experiencia desde esa época, según me dijo, era la del descanso nulo: no recuerda un tiempo en que no haya trabajado como vigilante de alguna manera, para algún edificio, alguna casa de algún alto oficial del Ejército, una empresa o en el mismo Estado, como militar.

«Sé bien qué es pasar varios días sin dormir... y cómo resolver el problema de la falta de un baño. Porque en esos trabajos, a veces no hay baño. Pero siempre se encuentra una botellita vacía de Coca-Cola de 2 litros que nos ayuda», afirma.

Por su parte, MCh pertenece a una clase media relativamente bien posicionada. Su padre es contador y administra algunos edificios en Lima. MCh, a sus 44 años, aún vive con sus padres, lo cual le brinda seguridad económica, algo con lo cual no cuenta MQ. El trabajo, sin embargo, sí es necesario para MCh: sus padres le dan casa y alimentación, pero él siempre ha trabajado para satisfacer sus propios gustos, por ejemplo, su pasión por el audio y el video. Una de las costumbres que más me llamaron la atención de MCh fue, precisamente, su colección de manuales antiguos y actuales de audio, su gran colección de películas en VHS, y la cantidad de equipos de sonidos con enormes parlantes que pueblan su casa y que también pueblan su caseta de vigilante.

Son estos aparentemente pequeños detalles los que nos van dando cuenta del complejo ideológico de nuestros sujetos, algo muy cercano al famoso concepto del *habitus*:

«[...] son principios generadores de prácticas distintas y distintivas —lo que come el obrero y sobre todo su forma de comerlo, el deporte que practica y su manera de practicarlo [...] difieren sistemáticamente de lo que consume o de las actividades correspondientes del empresario industrial— [...] Establecen diferencias entre lo que es bueno y lo que es malo, entre lo que está bien y lo que está mal, entre lo que es distinguido y lo que es vulgar, etc.» (Bourdieu, 1999: 20).



Foto 1. MCh: Construcción audiovisual de su dormitorio. Autorepresentación.



Foto 2. MCh: En tránsito. El pasaje entre el espacio personal y el público-laboral.



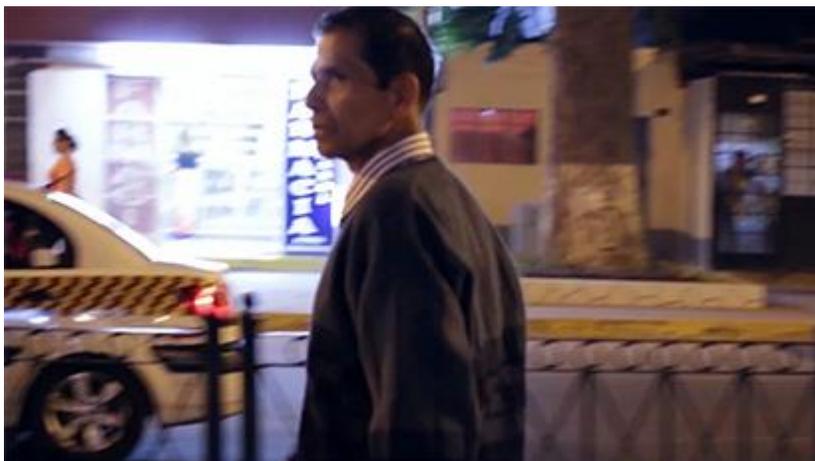
Foto 3. MCh: Carga cada noche los objetos con los que re-construirá su caseta.



Foto 4. MQ: Vista de Barranco (Lima) desde la azotea donde vive MQ.



Foto 5. MQ: En su cuarto poco antes de salir. Ve un programa religioso.



**Foto 6. MQ: Es un exmilitar. En el medio civil, afirma, uno no sabe en quién confiar.**

A pesar de las que parecen ser diferencias muy marcadas, entre MQ y MCh tenemos una forma de acercarnos a esta Lima de la vigilancia en medio de la inseguridad urbana: dos personas de edades muy diferentes (68 y 44), uno de Iquitos y otro limeño, uno de clase baja y otro de clase media, uno es un padre que no puede vivir con sus hijos (su puesto de vigilancia está muy lejos de la casa donde vive su familia) y el otro vive con sus padres, pero ambos se construyen sobre la base de su dependencia a una mujer (la esposa o compañera, y la madre), ambos mantienen un discurso religioso constante (el Señor y la Virgen María), y ambos nos cuentan que algo les falta: MQ se siente solo al no poder estar durante muchos días con su esposa y sus hijos; MCh siente que el tiempo se le va y se encuentra suspendido en una situación constante de espera, sin saber, posiblemente, qué esperar.

Cuando empecé esta investigación, mi pregunta central era acerca de la posición del vigilante nocturno en la situación de violencia e inseguridad que vive Lima. Las políticas de Estado desarrollan, aparentemente, una serie de estrategias que deberían estimular la sensación de seguridad. Sin embargo, esto no se da. Las empresas clandestinas y formales, así como las comunidades habitacionales (edificios, conjunto de cuadras, barrios, calles) contratan sus propios vigilantes. Estos últimos, ante la escasez de agentes policiales y de serenazgo, son los responsables, al fin y al cabo, de la sensación de seguridad de buena parte de nuestra ciudad. Aunque hay empresas dedicadas a brindar seguridad profesionalizada, la parte más importante de estos servicios de seguridad es brindada por vigilantes no profesionales en seguridad (como MCh) o por militares retirados (MQ). Estos últimos, aunque pueden parecer profesionales en temas de seguridad, no lo son.

En una de nuestras entrevistas, MQ lo explicó de la siguiente manera: «En el mundo militar, uno puede disparar a matar. En el mundo civil, tenemos que evaluar una serie de cosas que no me permitirían tomar una decisión acerca de disparar o no. Por eso, prefiero cuidar sin arma; alguna vez lo he hecho y he tenido problemas. Con una vara es diferente. En el mundo civil, todos son sospechosos para mí. No hay uniformes que me digan quién es quién. Solo tengo que ver el rostro, la forma de caminar, pero, para fijarme en esto, lo primero: mirar bien a cada uno. Nada se debe escapar a mi ojo». MQ debe transferir su experiencia militar a la vigilancia en un escenario con otras reglas, para las cuales él no fue entrenado. Como MCh, se trata, por tanto, de una condición informal de la vigilancia. No hay una especialización. En general, en Lima, la profesionalización de esta labor está aún en ciernes<sup>3</sup>.

Junto con MQ y MCh, conocí a AP, huanuqueño, quien llegó a Lima para que su esposa, embarazada, reciba la atención que ella requería en un hospital de la capital y, para solventar sus gastos, consiguió un trabajo como vigilante nocturno de un barrio de tres cuadras a la redonda. Allí, no contaba con baño. Ni sueldo: cada fin de mes, él debía pasar casa por casa a cobrar los 10 soles que cada familia le debía pagar por su servicio. De más está decir que varias familias no le pagaban. Sin seguro, sin una remuneración fija, trabajando turnos de 12 horas por las noches, pasando cada noche lejos de su esposa embarazada, así empezó. La primera vez que conversé con él, lo primero que me contó fue de su mujer y su hijo ya nacido para ese entonces. Y en su caseta, había una foto de su esposa y su hijo, y del Corazón de Jesús.

Estas fotos eran su soporte ante la soledad, el tiempo largo de su turno y el riesgo permanente de ser el encargado de la seguridad de todo un barrio en una ciudad insegura también para él. También conocí a SV, ayacuchano, 55 años, exmilitar. En la primera entrevista, se dedicó a explicarme con detalle cómo él mismo hacía sus «chalecos antibalas» (en realidad, unas casacas que él rellenaba con papel periódico para enfrentar el frío de la noche invernal), mientras me contaba historias de cuando era militar. Me contó que todas las noches, al empezar su turno de 12 horas, reza un Ave María y un Padre Nuestro, prende su casete con música ayacuchana con canciones en quechua (que él canta con mucha nostalgia, y que cantó en varias de nuestras entrevistas), y así recuerda cuando era un niño, antes de pasar, según me contó, una muy mala experiencia en el Ejército, donde conoció, en sus palabras, «la traición y el abandono del Estado». SV, padre de tres hijos, no hablaba negativamente de su trabajo como vigilante nocturno. Al contrario, a pesar de los riesgos que esto supone y del hecho de no poder contar con un arma que lo pueda defender y le permita proteger adecuadamente el barrio a su cargo, decía que al menos aquí cuenta con un sueldo —«sueldo mínimo, pero un sueldo»— y un trato mejor que el recibido por el Estado en el Ejército. Pero era evidente cómo las 12 horas eran llenadas con nostalgia por recuerdos de su niñez ayacuchana.

Con MQ y MCh pasó algo especial, sin embargo. En sus casos había una resignación sosegada: MQ enfrentado a la soledad y resignado a ella en una ciudad acostumbrada a invisibilizar a sujetos como él (excombatiente en el Cenepa, militar mal remunerado, vigilante de noche); MCh enfrentado al paso inexorable del tiempo, evidente en sus 8 años como vigilante y portero de un edificio donde pocos saben su historia.

En todos los vigilantes que fui conociendo, percibí la invisibilización de una labor tan importante y también la conciencia de estos de ser invisibles en esta sociedad, y pude comprobar que esta sociedad crea puntos ciegos en sus estructuras sociales: quien me vigila es secundario para mí. Son ellos los que se encuentran en una parte muy sensible de esta ciudad violenta y son ellos, precisamente, los olvidados en cualquier política de Estado sobre la seguridad: jornadas largas, muchas veces sin servicios mínimos, alejados de sus familias, y siempre mirando o tratando de sobrevivir en esta ciudad. Pero todos ellos recreando a través de textos, fotos, música, películas, canciones, historias, ese mundo que sí es el suyo propio.

Como vemos, la experiencia de MQ y MCh es significativa para entender la experiencia de toda una comunidad de vigilantes nocturnos. A diferencia de otros oficios, su labor consiste en *estar allí*. Su presencia en sí misma es una advertencia, un primer escollo que superar para cualquier persona que intente robar o violentar el espacio privado ajeno. *Estar allí y mirar*. Daniel Miller (1987), en su texto «The Humility of Objects», nos habla del valor del marco, cuya presencia es invisibilizada pero le incrementa valor a su contenido. El marco sería ese objeto invisibilizado por su «utilidad». Y allí está el objeto: el marco mismo. Lo valioso de este ejemplo es que es precisamente esta invisibilización la que constituye el gran valor funcional del objeto como parte del nivel inconsciente del sujeto y por tanto de su condición, precisamente, como sujeto (o lo que significaría el paso de la noción de individuo a la de sujeto). El marco resalta el valor de su contenido sin ser él el sujeto de atención<sup>4</sup>.



**Foto 7. MCh: La caseta como un lugar visible para el cumplimiento del rol vigilante. La función vigilante como una función construida.**



Foto 8. MCh: El tiempo que pasa. Nueve años como vigilante de noche.



Foto 9. MCh: La luz que se mantiene en la caseta, el escenario de una vigilancia que se performa.



Foto 10. MQ: Fue en un pasaje de Barranco (Lima) donde MQ empezó su labor como vigilante nocturno.



Foto 11. MQ: La mirada y la sospecha constante.



Foto 12. MQ: El valor del uniforme y el dominio del espacio.



Foto 13. MQ: La función vigilante supone hacerse ver. Clavado al lugar.

Socialmente, se trata de un tipo de oficio visto como «inferior» por muchas personas. Y esta subalternidad marca las relaciones que se establecen entre los núcleos habitacionales y el portero o vigilante. Esta representación se ve marcada o incluso definida por un supuesto «estatus» social que lo ubica dentro de una jerarquía social que *pesa* sobre él. Las miradas, el lenguaje corporal, la forma en que se actualizan las reglas establecidas, el tono de voz, la proxemia, etc., manifiestan esa jerarquía. Los núcleos habitacionales construyen o reconstruyen al portero y vigilante (*el otro* para estos efectos) como sujeto subalterno. Y esta representación alcanza no solo un *a qué se dedica en este edificio*, sino un conjunto de condiciones laborales deplorables.

La labor de vigilancia y portería de MQ y MCh se fusiona con la forma en que luchan con el paso del tiempo y la soledad en esas 10 o 12 (y a veces, 20 o 24 horas). Los vigilantes nocturnos informales representan un espacio ciego en el desarrollo de la sociedad: ellos miran, desde sus casetas, a la ciudad mientras esta «duerme», con toda la carga simbólica que ello acarrea. La vigilancia es una mirada y un lugar. Y esta confluencia es, a su vez, siempre un punto ciego. Puede estar allí, en la misma entrada, pero pasa desapercibida para los ojos de la sociedad formal. Su informalidad se vive desde el plano laboral (no cuentan con todos sus derechos laborales) hasta de rutina (sin baños o sin poder ir al baño, sin poder faltar por alguna enfermedad, soportar el frío que se cuele por las ranuras de las lunas de las casetas, jornadas largas y sin la preparación formal para atender una situación de riesgo en una ciudad).

Es decir, tienen que ser vistos para ser un obstáculo ante las amenazas al edificio, empresa o barrio, pero, al mismo tiempo, son dejados a su suerte en la intemperie de la noche y el frío.

Lo interesante es que mientras más hablaba con ellos, las conversaciones fueron dirigidas por ellos —MQ, MCh, AP, SV— hacia cómo hacer para sentirse cómodo con uno mismo en esas largas horas. Y los temas que se revelaban, como ya hemos señalado, eran los mismos entre todos ellos: la figura de un sujeto femenino siempre presente (la madre, la esposa, la Virgen María), la religión («el Señor», la Virgen María, el Corazón de Jesús, el Ave María, el Padre Nuestro) y un sueño irrealizado (vivir lejos de su familia y pasar semanas sin verla; tener 44 años y sentir que el tiempo «se nos fue»; añorar la vida en Huánuco antes de llegar a la capital y extrañar a la esposa y al hijo a quienes ve poco porque, aparte de la vigilancia nocturna, durante el día debe conseguir otros trabajos; extrañar el Ayacucho de su infancia y de la música)<sup>5</sup>. Si queremos entender una ciudad, debemos hacerlo desde los sujetos puestos en el punto ciego de lo formal, sin derechos ciudadanos y sin los recursos legales para defenderse. Y si queremos trabajar un aspecto tan crucial como la violencia y la inseguridad, no podemos quedarnos en propuestas alejadas de una realidad tan concreta como la situación de estos sujetos. Pero, además, si queremos acceder a estos sujetos en su función de vigilantes en una sociedad hipervigilada y a la vez insegura, debemos hacerlo desde su condición de sujetos con sueños, nostalgias y penas. Esta es la propuesta desde la antropología, o esta es la función que la antropología nos puede brindar para entender mejor qué somos y qué queremos ser como ciudad.

Como producto de las entrevistas que sostuve con MQ y MCh, pude reconocer ciertos temas continuamente presentes a la largo de los dos años de acercamiento. En el caso de MQ, temas como la vigilancia, la mirada («detrás de nosotros siempre hay alguien mirándonos», me explicó MQ varias veces), Dios, autoridad, previsión, orden, estrategia, ejército, su condición de excomando, siempre tener en mente el objetivo, su pareja (su compañera; debe cuidarla para no perderla, según MQ), la guerra, el deber, el peligro en su labor y la soledad siempre estuvieron presentes. Mientras que, en el caso de MCh, los temas que prevalecieron fueron el cine, las películas antiguas, actores (sobre todo de producciones de Hollywood y Bollywood), equipos DVD o de audio, su madre, la Virgen María, sus estudios, la neblina que rodea su caseta, el paso del tiempo, su edad, el frío en su labor, y la soledad y silencio de la noche.

Cuando le pregunté a cada uno qué me recomendaría si yo fuese a trabajar por primera vez como vigilante o portero, sus respuestas fueron contundentes. MQ me dijo: observar todo, considerar al otro un posible delincuente (hasta comprobar que no lo es), limpieza y presentación, tener todos los instrumentos de trabajo a la mano (números de teléfono de emergencia, linterna, un radio, un silbato, etc.), conocer quiénes viven en el edificio, pensar en tu esposa («tu compañera»), tener la Biblia a la mano. Las recomendaciones de MCh, por su parte, fueron las siguientes: no perder de vista la puerta y conocer quiénes viven en el edificio, encontrar la forma de pasar el tiempo de la mejor manera posible, llevar algo para estudiar, ver alguna película (aunque sea para que nos acompañe el ruido), poner música, encomendarte a la Virgen María antes de salir.

Así, identifiqué ciertos elementos recurrentes en mis interlocutores:

a. Una memoria personal que forma parte de la construcción del lugar de cada sujeto: Esta construcción es siempre obstaculizada por una exterioridad, y por características espaciales y temporales que la dificultan, por ejemplo, la hora (la noche), la inseguridad de Lima, lo comprimido del espacio donde laboran, el poco valor social que se le otorga a su oficio. Pero esta construcción siempre se da, y se da desde una subjetividad determinada por una memoria personal. Así, por ejemplo, el vínculo con el cine en MCh, y la dependencia a un reglamento y a una hipervigilancia en MQ dan un sentido a esa memoria que va tomando forma en la cultura material que se va estableciendo en su lugar y en el relato que cada uno realiza de su «espacio personal».

b. Presencia de un sujeto femenino: Yolanda, la compañera de vida de MQ; y la mamá de MCh. Creo, por eso, que eventualmente la mujer en cada caso podría constituir un punto de integración. Durante la investigación, en entrevistas o en la realización misma de los videos, salió el tema de estos personajes femeninos. En el caso de MCh, como veremos más adelante, la presencia femenina incluye la imagen de la Virgen María, a quien se encomienda en la oración previa a su salida para su lugar de trabajo.

c. Sentimientos que entran en conflicto en su cotidianidad: En el caso de MCh, el paso inexorable del tiempo constituirá una sombra constante en todas sus actividades. En el caso de MQ, será la presencia de una sensación de íntima soledad. A ambos se los ve luchando con sus propios sentimientos acerca del tiempo y la soledad, respectivamente. Y serán ciertas estrategias las que desarrollarán en su cotidianidad para enfrentarlos.

La hostilidad del espacio reducido y la penumbra de la noche, junto con el desamparo legal de MQ y MCh, sin derecho a vacaciones y descansado solo un día a la semana, son las condiciones silenciosas a través de las cuales emergen sus respectivas subjetividades. La ciudad los desaparece a estos dos vigilantes nocturnos. Con muy poco, hacen de un lugar y momento extraños un escenario para la construcción de la subjetividad a través de la memoria. Vergara (2011) plantea una relación directa, casi de mutua dependencia, entre la cotidianidad y la memoria:

«[...] en la vida cotidiana, al pasar, algo queda siempre, o va quedando, y que al quedar se integra, a lo menos como huella, en ese modo de ser transeúnte que es propio de lo humano. Es decir, que la cotidianidad deja marcas también, señales a veces profundas, imborrables, que convocan la Memoria o que la eluden por una necesidad psicológica de Olvido» (Vergara, 2011: 61).

Esta lucha es la que se realiza con muy pocas herramientas pero que canaliza en los sujetos sus agendas diarias (y nocturnas) para dominar el espacio desde su subjetividad. Esto no es novedad para la antropología: esta y otras disciplinas nos han mostrado los procesos de subjetivación de las personas. El problema de estos estudios, en mi opinión, es que suelen partir desde elementos evidentemente «extraños» para el discurso hegemónico: estudios de las minorías cuyo carácter minoritario resulta, muchas veces, evidente. Lo que a veces olvida la práctica antropológica (quizás no tanto la teoría, pero sí la práctica) es que el proceso de extrañamiento está en aspectos mucho más cercanos de lo que pensamos. Ciertas funciones como las de los porteros o vigilantes, o las de los taxistas, mecánicos, electricistas o abogados no suelen ser observadas por las reflexiones antropológicas a menos que ese taxista, mecánico, electricista, abogado o vigilante contenga algún elemento «diferente», a saber: que sea transexual, exguerrillero, preso político, o su forma de realizar su oficio sea llamativo (llamativo para el antropólogo además), entre otras marcas de *deextrañamiento*, tan buscadas en la práctica antropológica. A pesar de la evolución de la antropología, esta aún parece buscar *personajes*, no sujetos, personas o interlocutores. Si queremos que la antropología nos sirva para un cambio real, debemos acercarla a nuestra realidad social y entender cómo emergen las individualidades de cualquier persona en tensión con un entorno siempre hostil. Esto nos obliga a entender los recursos de supervivencia de la subjetividad de los sujetos e identificar los elementos hostiles del entorno.



Foto 14. MCh: La noche y el mar. Paisaje y sonidos dominantes en su rol de vigilante nocturno.



Foto 15. MCh: La construcción personal de la caseta o cómo MCh hace de un espacio «ajeno» su espacio.



Foto 16. MCh: El cine y la música como paisajes y sonidos interiores.



Foto 17. MCh: Posición dominante de lo audiovisual en su caseta.



Foto 18. MCh: La necesidad de entrar en la caseta para salir de ella.



Foto 19. MQ: Camino a su actual punto de vigilancia. La mirada siempre atenta.



Foto 20. MQ: Camino a su trabajo, siempre canta bajito canciones religiosas.



Foto 21. MQ: Todas las noches trabaja doce horas detrás de este muro. Allí siempre canta bajito una canción para su esposa.

### **El cuerpo, el camino y la caseta: la antropología visual y la mirada**



**Foto 22. MQ: Luego de doce horas, vuelve a su cuarto. A veces, su jornada se extiende a 24 horas.**

Sus respuestas en las entrevistas, claro está, no eran suficientes. Era necesario explorar sus propios espacios de trabajo. Ver sus rituales previos a su salida nocturna hacia su trabajo y ser testigo de cómo van construyendo sus espacios personales en medio de una noche siempre amenazante me permitió, por un lado, confirmar aquello que iba hallando en las entrevistas y, por otro, integrarme mucho más con ellos hasta el punto en que lo que íbamos hallando era hallado entre mis interlocutores y yo. Este hecho recompuso, cómo no, mi posición como investigador.

La memoria era un elemento determinante en la construcción de sus casetas, tanto para MQ como para MCh. Cada uno construía su caseta a su manera pero siguiendo ciertos patrones donde la memoria no era un accidente sino parte constitutiva. Pero ¿cuáles eran los componentes de la memoria presentes en ellos? ¿Cuál era su individualidad? ¿Y cómo podría encontrar lazos en esa individualidad?

La antropología visual se alimenta de diversas disciplinas que propician un acercamiento fecundo sobre el sujeto, y trasciende el objetivo del desplazamiento del observador y la reflexión que este pueda hacer respecto de su participación en el campo de estudio. Más bien, la antropología visual, por un lado, busca ese contacto a través de la materialidad y corporeidad mismas de la experiencia investigativa, y, por otro, indaga sobre los mecanismos de trasmisión de esta experiencia superando la mera textualidad.

La indagación sobre la construcción de la subjetividad de mis sujetos en un espacio y un ambiente como la noche, en una jornada tan larga y con la sensación de melancolía o abandono en una ciudad como Lima, debía basarse, por tanto, en herramientas propias de la antropología visual.

Tres herramientas fueron claves en esta exploración: el estudio de la cultura material que conforma el entorno del sujeto en su construcción como vigilante; la reconstrucción de narrativas propias de los sujetos sobre quiénes son, cómo quieren proyectarse y desde qué plataforma y elementos de su cultura material; y la grabación de documentales siguiendo un intento por emplear herramientas de la autorepresentación y el testimonio.

Con respecto al estudio de la cultura material, tres espacios me interesaban: sus casas, como puntos de partida antes de su salida a su jornada nocturna; la calle, el camino, la ruta entre su casa y la caseta; y la caseta en sí. La caseta de MQ, por ejemplo, estaba llena de sentencias religiosas, mandamientos, pautas de corrección e higiene personal, reglas de trabajo, un calendario, un reloj, un radio para escuchar noticias que puedan advertirle de algo que estuviese ocurriendo por su zona, y una vara y un silbato siempre a la mano. Pero, además, varias imágenes religiosas nos miraban desde su sitio, junto con una biblia, tan a la mano como la vara o el silbato. Orden, higiene, reglas, oraciones, imágenes religiosas, instrumentos de vigilancia: elementos que nos dan el perfil de MQ: religioso, militar retirado, siempre vigilante. Y todo esto lo vemos en su cuarto: los mismos elementos se reproducen en la caseta y en su habitación (la habitación es su hogar).

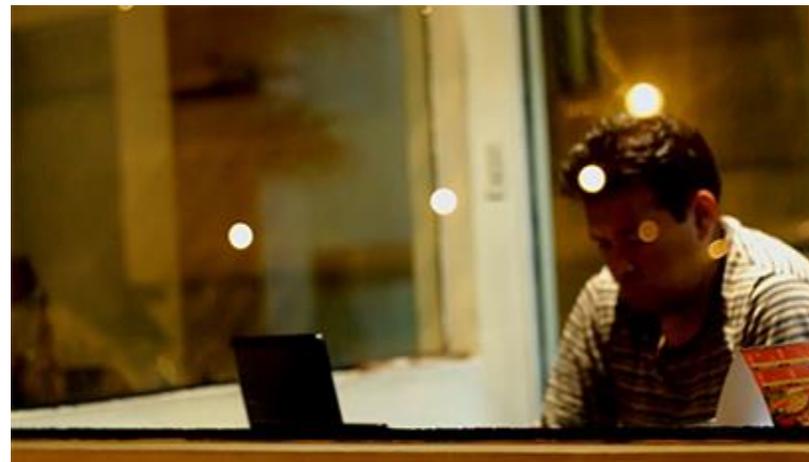


Foto 23. MCh: Turnos de diez horas, a veces de dieciséis horas.



Foto 24. MCh: La emergencia de lo subjetivo en un espacio público. Lo liminar en MCh.



Foto 25. MCh: El tiempo que se alarga.



Foto 26. MQ: Una caseta en medio de la noche.



Foto 27. MQ: El orden necesario y la propia narrativa.



Foto 28. MQ: Un espejo que duplica la mirada, según MQ.

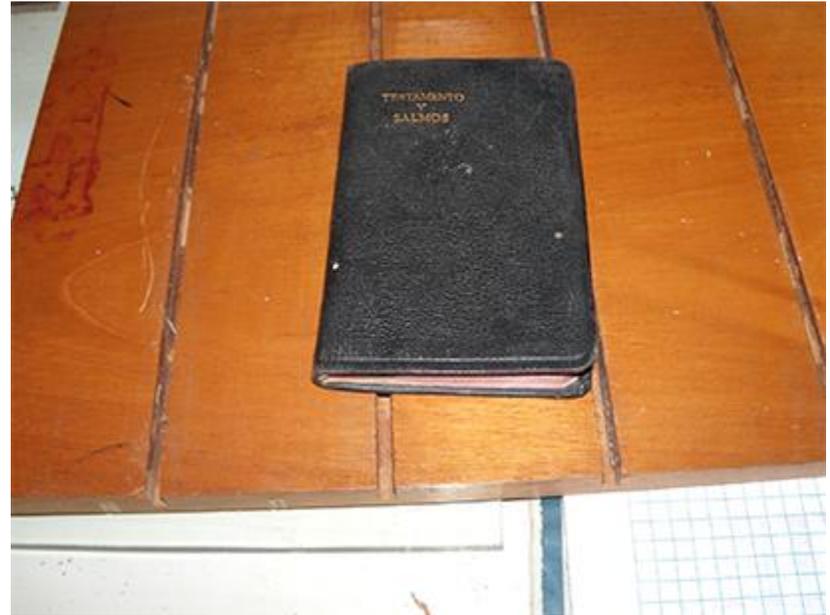


Foto 29. MQ: La ley religiosa en la caseta de MQ.

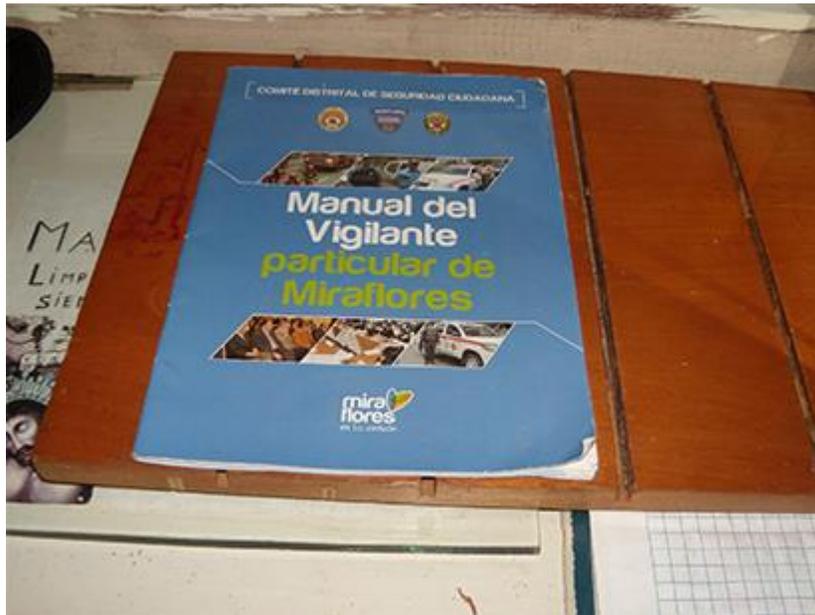


Foto 30. MQ: Pautas distritales sobre seguridad.

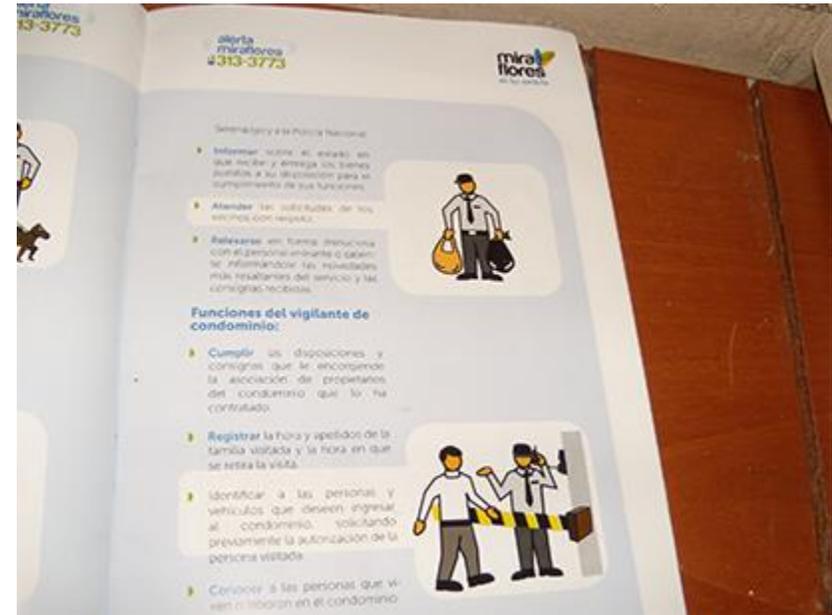


Foto 31. MQ: La imagen «oficial» del vigilante.

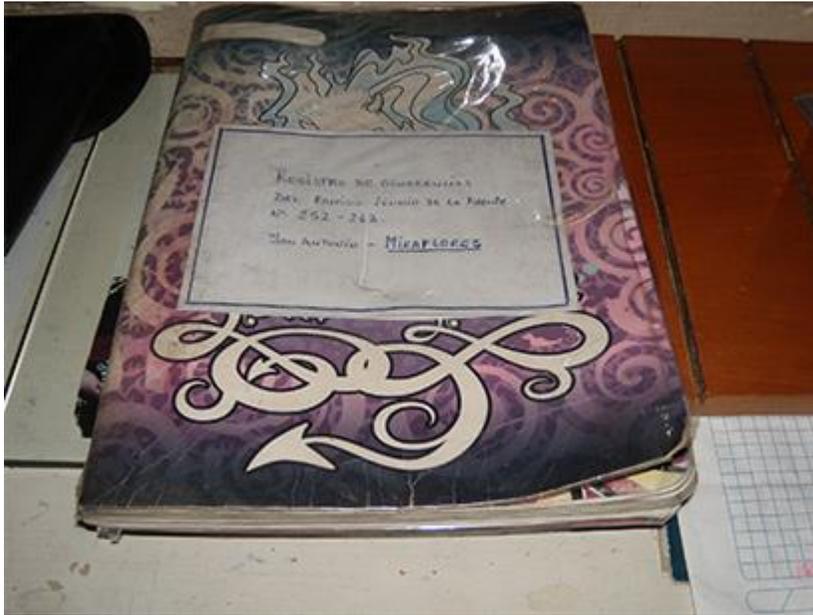


Foto 32. MQ: El libro de ocurrencias de MQ. Un régimen del registro.



Foto 33. MQ: El valor de la palabra y del orden para MQ.

Y algo similar vi en MCh: construye su caseta con equipos de música, un televisor, a veces una computadora pequeña, parlantes que conecta a su radio para intensificar el sonido de salida y un reproductor de DVD. Se trata de elementos similares a los de su habitación. En esta, MCh cuenta con equipos de música también adquiridos por él.

De hecho, en la sala de su casa, hay un gran equipo de sonido con enormes parlantes y una serie de implementos de diferentes marcas todos comprados por él. Su casa, así, tiene equipos de sonido, parlantes de diferentes marcas, diversos tipos de DVD, un órgano que aún no sabe tocar y televisores. Todos estos aparatos, además, fueron adquiridos por MCh.

Las casetas, como podemos ver, no solo están construidas en su interior — dispuestas, organizadas— por razones prácticas, sino desde una profunda participación de la subjetividad y, como toda subjetividad, es, por tanto, relacional. Foucault (2002) lo explicaría en los siguientes términos en «Of other spaces»:

«El espacio en el cual vivimos, [...] en donde se da el desgaste de nuestras vidas, nuestro tiempo y nuestra historia [...] es, en sí mismo, un espacio heterogéneo. [...] vivimos en medio de una serie de relaciones que delimitan *lugares* [...].» (Foucault 2002: 231, traducción y cursiva mías)

Y es desde esa cultura material que fuimos construyendo sus narrativas personales. Cuando mantuve las primeras conversaciones con MCh y le conté la idea de hacer un pequeño corto documental sobre él y su experiencia diaria saliendo de su casa y camino a su caseta, la idea lo emocionó. Algunas entrevistas luego, me preguntó si él podía grabar alguna de las escenas. Y escogimos la escena inicial, la de su habitación. Su interés por todo lo audiovisual lo emocionaba bastante y quería formar parte de la producción de su propio documental. Formamos juntos el equipo de producción y en su caseta, entre los equipos que cada noche instalaba, veíamos y escuchábamos los avances del documental. En todo momento, nuestra relación se mantuvo dominada por lo audiovisual: películas, videos, música, equipos de audio y video, y el mismo documental sobre él. Y volvíamos entonces a nuestras primeras conversaciones cuando lo conocí y recordaba una de sus primeras preguntas: «¿Cuáles son tus películas favoritas?».

Con MQ no ocurrió algo muy diferente. La investigación fue tomando forma sobre la base de sus reflexiones y decisiones a la hora de determinar el camino por seguir en el largo proceso que tomó la investigación. Pero, en su caso, no fue lo audiovisual lo dominante, sino el concepto mismo de la vigilancia. Mientras caminaba con él camino a sus puntos de trabajo (a lo largo de la investigación, tuvo dos lugares de trabajo, dos casetas), siempre se detenía para advertirme los errores cometidos por diferentes vigilantes en su actitud o postura mientras cuidaban un edificio o una calle.

En la primera conversación con él, me dijo: «Detrás de ti hay alguien viéndote, siempre». Le pregunté si se refería a Dios. «No —me respondió—. Detrás de ti, siempre hay alguien observándote. Así como detrás de mí estás tú ahora observándome, haciendo una investigación sobre mí. Y detrás de todos nosotros, observados y observadores, está Dios».

### **La vulnerabilidad del sujeto en su propia cotidianidad**

La mirada vigilante es una mirada de la sospecha. El otro se ve involucrado en un entorno supeditado a la amenaza; de hecho, el otro deviene en amenaza. En la vigilancia, el espacio personal siempre está en riesgo. Este espacio de la sospecha, en el discurso de MQ, se mantiene y aparece siempre. Y es que los puntos ciegos pueden ir más allá de formar parte de la constitución del otro. «Toda persona que no es conocida es sospechosa», dice MQ. Y, para que esta sentencia se concrete en la calle, MQ aplica ciertos condicionantes subordinados a un discurso conservador y hegemónico.

En varios de mis encuentros con MQ, íbamos caminando mientras conversábamos sobre su experiencia como vigilante. Por momentos, su emoción lo llevaba a detenerse y explicarme algo específico, por ejemplo, los diversos puntos desde los cuales puede alguien estar observando o espionando la puerta de una casa (frente a la cual nos hemos detenido), para colocarse frente a esta puerta, mirar hacia diversos lados y hacerme *sentir* la vulnerabilidad de esa casa. En algunos casos, señaló a algún transeúnte como un potencial delincuente.

Sus argumentos eran «el rostro» del transeúnte, su forma de mirar o de caminar, si se detiene o no se detiene (en realidad, ahora los sospechosos éramos nosotros; y, más de una vez, pude notar la mirada recelosa de algún transeúnte). MQ se descartaba a sí mismo como agente de sospecha por su corrección formal en su conducta, su forma de saludar y de vestir, lo que daba cuenta de un conservadurismo que le permite, según él mismo, salir del punto ciego de la ciudad. La ideología de la vigilancia es, como vemos, conservadora; sigue la hegemonía de quienes tienen la posición privilegiada de la visión. Porque el vigilante o el portero son dos potentes metáforas de quien mira y quien permite el ingreso, de quien construye mediante la mirada y quien determina el acceso al espacio público tanto como al privado. Por eso, no sorprende el conservadurismo que emana de la actitud de MQ: él condensa los regímenes de la sospecha del discurso militar y de una clase social y empresarial para la cual él suele laborar.

Clase social y empresarial de la cual proviene, de alguna medida, MCh, en quien reconocemos, a diferencia de MQ, una contradicción esencial: es el mismo sentimiento de rechazo al paso del tiempo lo que refuerza el peso de este tiempo que fluye lento e impidiendo el cambio. Cada vez que volvíamos al tema de su trabajo como portero nocturno, la sonrisa de deshacía. Su oficio tiene mucho de silencio, de niebla, de tiempos por llenar, o llenados con imágenes de la televisión o del cine o con sonidos de canciones populares que pueblan su caseta. A diferencia de MQ, MCh se siente en ese punto ciego de la sociedad, desde el cual mira no al otro amenazante sino al tiempo amenazante que se lleva sus posibilidades de sentirse completo.

En MCh, veo una mirada hacia el futuro, hacia la aspiración de un tiempo que varíe, que rompa este tiempo que fluye sin detenerse. «Ya debo pensar en casarme, formar una familia, no creas, ya me lo han dicho, y sí pues, quizás ya deba», dijo en una de nuestras conversaciones. La historia que él desea para sí es la que predomina en las películas que ve y en la música que escucha. Por eso, el cine, la música, los equipos de sonido y de video son las tecnologías que le permiten a MCh enfrentar el paso del tiempo.

En MQ, reconocemos, por su parte, una contradicción vinculada con la soledad. Según su discurso, nadie está solo, siempre tenemos a alguien que nos observa, que nos vigila. «En esta ciudad, siempre hay alguien mirando a alguien», me repetía. Pero esta mirada no supone la eliminación de la soledad. Por el contrario, la refuerza. Su discurso está dominado por la figura cristiana de Dios (el Dios cristiano; MQ es evangelista). Las canciones que entonaba vinculadas con este dios incidían en el hecho de que Dios nos socorre, nos vigila, nos recibe en su casa, nos acompaña. MQ es vigilante en turnos de 12 horas y la mayor parte de estas horas las pasa solo, igual que en su cuarto, donde se acompaña de imágenes de figuras religiosas o de la radio que siempre lo acompaña. En MQ, vemos la nostalgia, una mirada hacia un pasado, la de ser miembro del Ejército. En su caso, su discurso está dominado por la figura siempre presente de Dios y por la vigilancia, la mirada de Dios como un mecanismo para superar la soledad.

¿Y las esperanzas de MCh en qué aspecto —si no es en la religión como en MQ— se cobijan? No en la religión, por cierto, sino en ser un futuro profesional o empresario, en «recuperar el tiempo perdido», en un futuro basado en el estudio. Cuando empecé a trabajar con MCh, por ejemplo, él estudiaba contabilidad en la Universidad Inca Garcilaso de la Vega. No terminó sus estudios y, luego de un tiempo sin estudiar, se matriculó en el Instituto Santa Rosa, donde sigue estudiando. La razón principal de su cambio se debió a un tema horario: el instituto le ofrecía más posibilidades para organizar sus horarios considerando que cada noche debía trabajar en su puesto como portero. Este cambio supuso otros cambios en su entorno social: dejar de ver a sus amigos en la universidad y la aparición de un nuevo entorno afectivo en el instituto.

Lima es una ciudad en la que estudiar en una universidad o en un instituto superior sigue siendo una posibilidad y marca de ascenso social. Cuando MCh me contó del cambio de la universidad al instituto, él no estaba seguro de ser la mejor decisión, pero era la que debía tomar. El concepto de universidad aún sigue dominando nuestro espectro social, y nuestra noción de progreso social individual y familiar. Vemos, entonces, en MCh la aspiración del estudio y el éxito gracias a este. Y fue en este proceso de mutuo acercamiento que acordamos hacer un video que le permitiera acceder a su propia individualidad, desde su intimidad (sus dudas, sus rituales personales, su cuarto) pero también desde su condición de sujeto social (la calle, el paso del tiempo, las presiones externas).

Mi función consistiría —y el documental emprendido con MCh intenta ser producto de esto— en construir con él una narrativa audiovisual que nos permita acceder a esos aspectos de su individualidad pero desde su condición de sujeto vigilante, de portero de noche, aspecto que lo ha marcado en los últimos ocho años y que, laboral y aspiracionalmente, lo ha condicionado como a tantos otros jóvenes en nuestro país.

### **Discurso y narrativa en MQ: El sujeto vigilante (alguien siempre nos mira)**

Luego de analizar las casetas por las que ha pasado MQ, reconocí tres criterios de cotidianidad que emplearé para caracterizar, desde la antropología visual, la cultura material de MQ: «acontecimiento», «verdad» y «comunicación», a los que añadiré «salud» e «imagen física». Para este punto, el desarrollo que realiza De Certeau sobre los conceptos de espacio y lugar resulta revelador:

«[...] la división ya no pasa entre el trabajo y las diversiones. Estas dos regiones de actividades se homogeneizan. Se repiten y se refuerzan una a la otra. En los lugares de trabajo, cunden las técnicas culturales que disfrazan la reproducción económica bajo cubiertas ficticias de sorpresa (“el acontecimiento”), de verdad (“la información”) o de comunicación (“la animación”)» (De Certeau, 1996: 35).

Otro autor clave para abordar este tema es Pereg (2001). La propuesta de Pereg se basa en definir al sujeto desde su condición de agente en un espacio determinado. No se trata de un agente que se desenvuelve en un espacio; más bien, el espacio forma parte de su agencia misma: «El espacio es una duda: continuamente necesito marcarlo, designarlo; nunca es mío, nunca me es dado, tengo que conquistarlo» (Pereg, 2001: 139). El discurso de MQ sobre la vigilancia dialoga perfectamente con lo que vemos en la forma en que, por ejemplo, disponía los elementos de su caseta en un edificio que él vigiló cada noche durante dos años. Para mí fue importante este espacio porque, cuando lo conocí, él trabajaba precisamente en esta caseta. Y desde esta primera experiencia fue que decidimos ir armando lo que sería un futuro documento audiovisual, para el cual lo primero que realizamos fue una serie de fotografías tomadas por él mismo de su caseta. Y elaboró un croquis de su puesto de trabajo para mostrarme la disposición de los elementos que lo acompañaban cada noche. Esta representación o croquis que él realizó sobre su caseta, antes de yo conocerla, no se correspondía con suficiente precisión a la caseta real, pero lo importante no era la semejanza sino la representación que él mismo se hace de su caseta, como una idea válida.

Las dimensiones de la caseta son de aproximadamente 1,5 m2. Cuenta con un pequeño techo de dos aguas. Es blanca (fue pintada por el mismo MQ). Está ubicada entre dos bloques de edificios. Al frente de la caseta, está la calle y un parque. ¿Y qué encontré en la caseta de MQ?:

a. Marcas de intervención del sujeto en este lugar que suele estar invisibilizado. Hay un cuidado muy detallado de la caseta. Como vemos, hay una preocupación por tener todo a la mano. Desde la subjetividad de MQ, nada sobra. En una conversación, MQ me contó que él mismo pintó la caseta e, inmediatamente, me dijo que él le tiene mucho cariño a ella. Es *su* caseta.

b. La posición liminar de su lugar lo coloca en una situación de vulnerabilidad entre lo exterior y lo interior. Para enfrentar esto, cuenta con una serie de elementos que le permiten enfrentar o reducir esta vulnerabilidad. Esta se desarrolla en el entorno medioambiental (frío, sueño), así como en el riesgo de estar encargado de la seguridad en una ciudad insegura. (En una entrevista, me comentó que algunos vecinos eran quienes, a veces —pocas por suerte—, le añadían tareas que no le correspondían, como cuidar el auto de alguna visita).

c. El lugar, la caseta, supone una doble huella (una doble indexicalidad): la de la coyuntura social urbana limeña de la (in)seguridad (se necesitan casetas y vigilantes porque hay inseguridad); y la del sujeto que completa su lugar con su biografía, su cultura material.

Es decir: la caseta es una huella de lo público y es una huella de lo privado. Encontramos, en este sentido, mucha textualidad escrita, mucha «verdad» desde la perspectiva del sujeto.

d. La función vinculada con la seguridad desde la caseta supone ocultar algo (lo privado) y mostrar algo (lo público). Pero esta regla del mostrar y el ocultar está determinada por imperativos sociales. Esto adquiere más interés si nos damos cuenta de que la caseta no es solo un lugar para mirar sino también para ser mirado. Mientras hacía el croquis de la caseta, MQ me comentó que sería bueno que la parte inferior de las ventanas, sean un poco opacas. De esta manera, el posible delincuente no podría verlo y, así, el vigilante tendría total control sobre un posible acontecimiento. Concluyó, sin embargo, que esto no podría ser porque esas mismas lunas transparentes les permiten a los vecinos saber que él está allí «despierto, en su puesto y atento».

e. La construcción desde la subjetividad de ese lugar en una gramática espacial mantiene una relación con una función clave en el portero y el vigilante: la mirada, la vigilancia. Casi todo lo que dispone en ese espacio coadyuva a la mirada del portero acerca de lo que pasa afuera de la caseta.

La presencia de un espejo es especialmente significativo a este respecto. A veces, él está mirando hacia uno de los lados, lo que le impediría mirar qué ocurre en la otra entrada (en esa caseta, él estaba a cargo de dos entradas). Gracias al espejo, mientras mira para un lado, también puede observar, a través del reflejo en el espejo, qué está pasando en la otra entrada.

MQ llena su caseta de una serie de elementos suyos. El espacio es reducido, pero lo llena, *lo completa*, como una extensión de su subjetividad. Su caseta tenía casi los mismos elementos que su habitación-casa. Cuando construye la espacialidad de su caseta y la convierte en un lugar donde sus estrategias morales, de vigilancia y de seguridad se disponen siguiendo cierto patrón, supera la condición de mero usuario del objeto. Aunque él haya interiorizado las cualidades de sus objetos como cotidianas y «naturales», lo cierto es que no lo son. El uso es una dimensión importante en nuestra relación con la materialidad, pero esta relación no se agota en aquel: son, más bien, «huellas» o índices de la memoria personal y de nuestras agencias, y terminan por condicionar nuestra subjetividad.

Un momento muy importante de la primera entrevista fue cuando recordó a Yolanda, a quien presentó como su compañera (es su esposa). Hizo el siguiente comentario: «Hay que cuidarla; si no, puede abandonarme». Es decir, en su vida, la productividad y los objetivos diarios constituyen su cotidianidad.

Y esto mismo es aplicado en su trabajo como portero, donde sus rutinas ya están marcadas por un orden, una planificación, una estrategia. La caseta, como hemos visto, constituiría el lugar indispensable para la estrategia, pero esta estrategia es aplicada por MQ no solo aquí, en su caseta, sino en su vida diaria. Su discurso siempre es sentencioso, como si hubiese una Ley detrás de su día a día y en su labor como portero de noche. A través de su relato, puedo entender que para él siempre hay otro externo que observa: o «la mirada del enemigo» o «la mirada de Dios».

### **Discurso y narrativa en MCh: El tiempo y la neblina**

En mis entrevistas con MCh, busqué reconstruir y organizar una posible narrativa suya respecto de su pasado y de su relación con el presente. Luego de haber mantenido algunas breves conversaciones en su caseta, MCh y yo mantuvimos una primera entrevista extensa fuera de su caseta. Ese sábado, MCh debía estar en su caseta a las ocho de la noche. Llegó un poco tarde a nuestra cita pues debía terminar de atender a su madre, quien, la semana anterior, había sufrido un accidente en su casa que la tenía enyesada. Es el único de los cuatro hermanos que aún vive con sus padres, me contó.

Conversamos sobre diversos temas. Recuerdo que, a través de mis preguntas, yo trataba, en un inicio, de dirigir la charla hacia el tema de su función como portero. Y en la primera parte, esto se logró. Me contó desde cuándo es portero, cómo llegó a este trabajo y supe allí que su padre es el administrador del edificio.

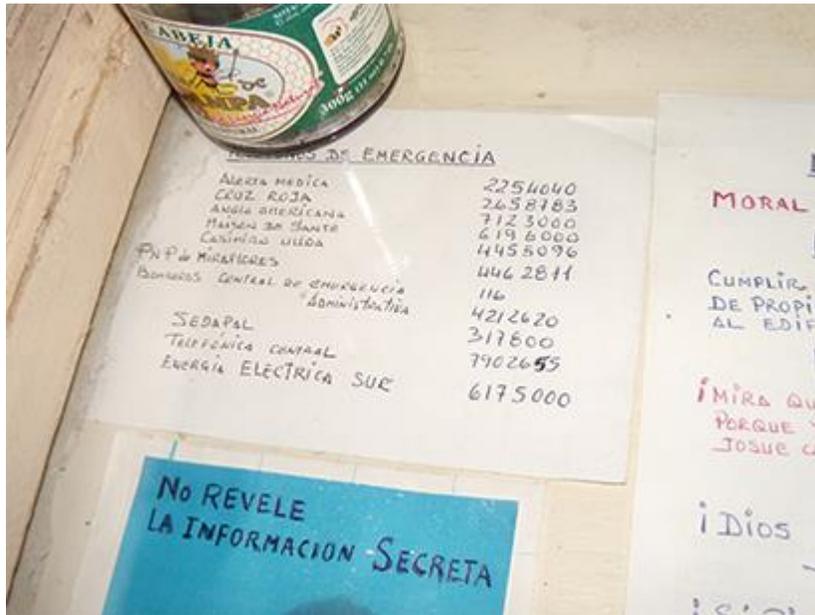


Foto 34. MQ: Información y recordatorios siempre útiles.

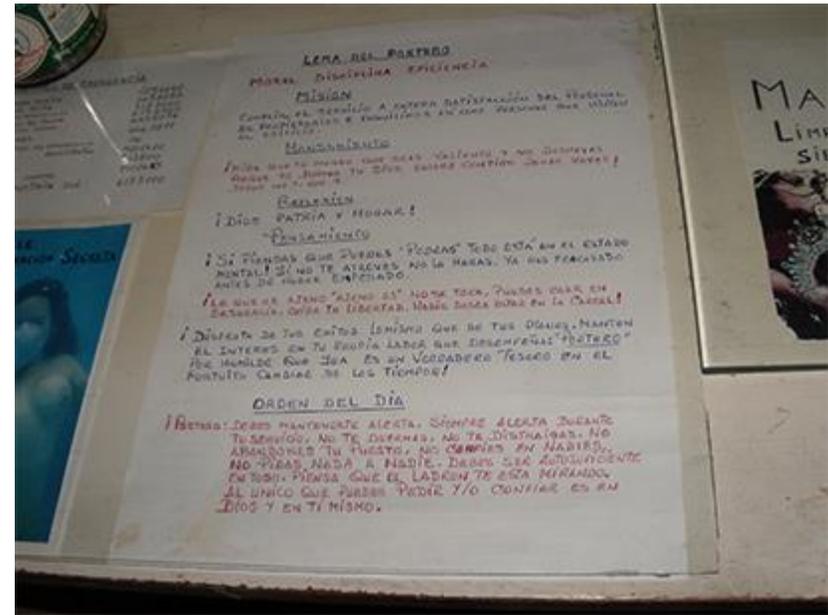


Foto 35. MQ: La religión ocupando una posición preponderante. Mandamientos, proverbios y la ley.

Pero inevitablemente el tema de la charla discurría por una serie de asuntos al parecer alejados del tema de la portería y vigilancia nocturna: el cine, Bollywood, la música romántica, su madre, marcas de equipos de música. MCh es fanático del cine y de los cómics. Muchos momentos de la charla se dirigieron hacia estos temas, sobre todo el cine. En su casa, según me contó, ha organizado su cuarto como un espacio donde él puede tener todas sus películas, música, cómics y artefactos electrónicos que le permitan disfrutar del cine. Sus referentes cinematográficos son muy variados. Hablamos de Boris Karloff y de Tom Cruise, del cine de acción y de las películas religiosas, y de manera especial, del cine de la India.

Recuerdo las noches en que lo acompañé mientras cumplía sus funciones como portero nocturno. Es fácil percibir la preocupación de MCh cuando ve llegar a alguien al edificio y abrirle tres puertas: la de madera, en la entrada misma del edificio; la de vidrio, en la parte interior; y, aunque no en todos los casos, la del ascensor. Su tono de voz es llamativamente nasal y siempre es muy cortés. Pero recuerdo que el primer hábito que me llamó la atención de MCh fue que varias veces lo encontré viendo alguna película. Cuando no era así, lo veía escribiendo en su cuaderno, cantando alguna canción, o, en ocasiones, solo mirando la escena casi desértica del frente: el malecón y el mar como fondo (cuando no era cubierto por la neblina).

MCh hace de su espacio de trabajo un espacio personal. La caseta de portería del edificio es de 2 m<sup>2</sup>. Hay una ranura por la cual entra el viento frío de la madrugada, sobre todo para el lado cercano del mar, en el malecón.

Para el cumplimiento de su turno de portería y vigilancia, MCh lleva chompas y frazadas con las cuales protegerse del frío. Sobre uno de los muebles, coloca un televisor pequeño y un DVD portátil. En este, pone las películas que desea ver. MCh siempre tiene a la mano alguna película. Además, trae dos (a veces, tres) parlantes que le permiten una buena salida de sonido.

Su caseta cuenta con dos lunas grandes que dan una para el lado del ingreso y otra para la acera. Una puerta de vidrio. Al frente, el mar cuyo olor suele invadir su espacio. Y la neblina. Afuera, todo apagado y opaco. Apenas se puede ver las siluetas de las personas que caminan por el malecón. Son pocas aún. Dentro de la caseta, llegan los ruidos lejanos del motor de un auto.

Pero el sonido principal es el rumor del mar y del viento que entra por la ranura de una de las ventanas. De hecho, en varias entrevistas, cada vez que volvíamos al tema de su función como portero de noche, la neblina cumplía un papel importante. Le gusta mucho, a pesar del frío que conlleva. Y me indica que sería muy bonito hacer algunas grabaciones de la neblina mientras esta va ganando espacio en la calle y va envolviendo su caseta. «No se puede ver nada», me dice. Y continúa: «A veces, para ver quién está a punto de entrar, debo salir de mi caseta, ¿te imaginas?». Empezamos a pensar cómo podíamos transmitir en un documental, y de la manera *más fiel posible*, su experiencia como portero de noche. Toda esta experiencia, como vemos, es sensorial. Classen (1997) apunta el valor de la antropología de los sentidos para acceder a mecanismos de subjetivación de los sujetos:

«La percepción sensorial, de hecho, no es un mero aspecto de la experiencia corporal, sino su base misma. Experimentamos nuestros cuerpos y el mundo a través de los sentidos. Por consiguiente, la construcción cultural de la percepción sensorial condiciona de modo fundamental nuestra experiencia y comprensión de nuestros cuerpos y del mundo» (Classen, 1997: 2).

El espacio reducido, el cansancio, la oscuridad, el olor del mar, el frío forman parte importante de la narratividad de los sujetos. Poco a poco, fui accediendo a espacios mucho más «personales». Así, lo acompañé en un bus camino del edificio donde es portero hacia su casa. En el camino tuvimos una de nuestras entrevistas más extensas. Conversamos sobre Lima y sobre su oficio. Allí supe que él no se sentía a veces cómodo en su oficio de portero. De hecho, esa conversación se dio apenas dos días después de que una vecina le acusara de haber permitido que Serenazgo entrara al edificio y tomara fotos de la tabla de surf que esa vecina tenía colocada en la puerta de emergencia, interrumpiendo esa salida. MCh fue insultado por esta vecina. Este tipo de situaciones le hacían pensar en la dificultad de atender a los vecinos del edificio, como si a veces más difícil fuera llevarse bien con algunos vecinos que cuidar el edificio en sí.

Esta es la ruta que desde hace años recorre MCh camino de vuelta a su casa. Aún no entré en su casa; solo lo acompañé en este camino. Cuando llegamos al paradero de su casa, yo bajé con él; él se dirigió a su casa y yo, a la universidad. Días después, fui por primera vez a su casa. Me recibió con unos cócteles.



Foto 36. MCh: La noche y el mar.



Foto 37. MCh: La neblina y la humedad.



Foto 38. MCh: Diez horas, el frío y la humedad.

Me presentó, además, a una amiga suya del instituto donde estudia. Conocí a su mamá. Conversamos durante treinta minutos aproximadamente. Y desde esa vez en su casa, empezamos a hacer las primeras grabaciones ya pensando en el documental donde se pueda acceder al testimonio de MCh, como un joven portero nocturno de 44 años que siente un poco de amor y un poco de odio hacia la neblina que, en algunos días de invierno, suele rodear su caseta, donde trabaja desde hace nueve años.

### **La cámara y la subversión del sujeto**

Lo que estuvo en el centro de mi preocupación e interés por acercarme a través de tecnologías audiovisuales a mis dos sujetos fue la representación. Pero esta no opera sobre un evento al que se busca capturar, registrar y transmitir, sino sobre la dinámica misma de creación o de cambio generado en el momento de la filmación. Los personajes suelen ser mostrados en movimiento, en camino hacia algo.

En todo caso, hay quietud y movimiento. Y es aquí donde los videos intervienen: acceden a los procesos de identificación del sujeto (personaje), pero siempre en su condición de pasajeros. Por eso, su realización exige un enfoque performativo, ya que lo que vemos es la inserción de varios elementos externos —el investigador, las preguntas, la cámara, el ojo del observador— en una realidad determinada. Y es en este contexto que se va produciendo la intersubjetividad, mediada —no obstruida— por la cámara y la teoría, entre los personajes y yo.

Las preguntas que estuvieron detrás de mi propuesta visual en cuanto a mi posición en mi investigación fueron las siguientes: ¿dónde estará mi mirada?, ¿qué rol cumpliré?, ¿cómo generó las acciones allí expuestas? Atender estas preguntas resultó crucial: se trata de un proyecto sobre el hacer de los personajes y su construcción o sobre una realidad operada mediante la cámara. Son la cámara y la grabadora interviniendo una realidad e, inevitablemente, creando una nueva a partir de esa intervención, siendo consciente de esta creación. Esta mirada no supone en ningún caso falsedad ya que son precisamente esos cambios o movimientos internos de los sujetos los que se desea mostrar.

Por eso, es importante reconocer que los sujetos devienen en personajes. Este hecho es clave porque es el que determina la condición performativa. Estos roles ejecutados son extraídos, ciertamente, desde los mismos sujetos.

Entonces, se trata de sujetos que asumen ante la cámara su rol de personajes. Los hechos aparentemente cotidianos se vuelven incidentes; se desnaturalizan. Se refuerza el extrañamiento ante estos personajes, extrañamiento que se trasmite a los espectadores, quienes son llevados a mantener un distanciamiento respecto de los personajes que entran, en lo que respecta a mi propuesta, en una dinámica social o intersubjetiva en ambos videos. Recordemos, además, que nunca son personajes vacíos. Por el contrario, siempre somos conscientes de su realidad interior a través del cambio y la mutación.

Hay que buscar la coherencia interna del sujeto a partir de sus propias contradicciones. Por eso decimos que los sujetos se van construyendo en personajes. No es como en el cine de ficción en el que vemos a los actores transformados en personajes desde un inicio. Aquí se trata, más bien, de la construcción de sujetos en personajes siguiendo las propias pulsiones y las relaciones intersubjetivas. Los personajes, entonces, no están prestablecidos antes del video: es, más bien, en este mismo contexto y ante la cámara que ellos se van construyendo. Y vamos reconociendo, entonces, lo extraño de lo cotidiano.

En MCh, reconocemos, por ejemplo, una contradicción esencial: es el mismo sentimiento de rechazo al paso del tiempo lo que refuerza el peso de este tiempo que fluye lento e impidiendo el cambio. En MCh, no tenemos muchos cambios gestuales. El personaje tampoco nos lo muestra. Es decir, sí hubo muchos momentos de risas, de pequeñas bromas. Pero cada vez que volvíamos al tema de su trabajo como portero nocturno, la sonrisa se deshacía (no así su amabilidad, ni su peculiar prosodia, como la de quien habla leyendo). Su oficio tiene mucho de silencio, de niebla, de tiempos por llenar, o llenados con imágenes de la televisión o del cine o con sonidos de canciones populares que pueblan su caseta. La mirada de MCh se proyecta hacia un futuro que tiene las mismas trazas que su pasado, hacia la aspiración de un tiempo que varíe, que rompa este tiempo que fluye sin fluir. «Ya debo pensar en casarme, formar una familia, no creas, ya me lo han dicho, y sí pues, quizás ya deba», me dijo en una entrevista. Esas historias que se desean son las que aparecen en las películas que ve y en la música que oye.

Por eso, el cine, la música, los equipos de sonido y de video son las tecnologías que le permiten a MCh enfrentar el paso del tiempo.

En MQ, reconocemos, por su parte, una contradicción vinculada con la soledad. Según su discurso, nadie está solo, siempre tenemos a alguien que nos observa, que nos vigila. «En esta ciudad, siempre hay alguien mirando a alguien», me dijo alguna vez. Pero esta mirada no supone la eliminación de la soledad. Por el contrario, la refuerza. Su discurso está dominado por la figura de Dios-Yahvé. Las canciones que entonaba vinculadas con este Dios incidían en el hecho de que Dios nos socorre, nos vigila, nos recibe en su casa, nos acompaña. MQ es vigilante en turnos de 12 horas y la mayor parte de estas horas las pasa solo. Igual que en su cuarto, donde se acompaña de imágenes de figuras religiosas o de la radio que siempre lo acompaña, como un murmullo constante. En MQ, *vemos* la nostalgia, una mirada hacia un pasado que desea traer al presente: la de ser miembro del Ejército, donde todo estaba controlado. En su caso, su discurso está dominado por la figura siempre presente de Dios y por la vigilancia, la mirada de Dios como un mecanismo para superar la soledad. Las escenas no se suceden siguiendo una relación causa-efecto que domine todo el filme. En todo caso, su disposición responde a un deseo anterior: el de la construcción de un discurso desde el punto de vista de un vigilante nocturno acerca de diversos aspectos que, de alguna manera, entran en contacto con su oficio. No busqué aspectos que estaban en la caseta misma. El proceso fue al revés: fui conociendo al personaje y fui descubriendo qué diversos aspectos de su vida diaria desembocan, de alguna manera, en su oficio de seguridad nocturna.

Parte importante del presente proyecto fue visibilizar, entonces, los vínculos entre la subjetividad de mis personajes y sus oficios como vigilantes nocturnos o como porteros nocturnos. Cada uno ha tenido su propia historia en su camino a ejercer este oficio. Además, vimos en ellos una serie de dinámicas cotidianas que nos fueron construyendo la realidad de un vigilante o portero en una ciudad como Lima, tan convulsionada, violenta, caótica y clasista.

#### **Propuesta general de ambos videos: etnografía y documental**

Los documentales que a continuación presento<sup>6</sup> es germen y resultado de esta propuesta etnográfica. Y no llevan un nombre particular; por ahora, los llamo «Moradas 1» (corto sobre MCh) y «Moradas 2» (corto sobre MQ). La razón es la siguiente: ambos documentales formarán parte de un proyecto que ya vengo trabajando sobre vigilantes de noche. Aparte de estos dos cortos documentales, vengo trabajando uno más con SV, quien es uno de los tres vigilantes de noche de un vecindario en Surco, en un turno de 12 horas. Y ya empecé a conversar sobre la posibilidad de hacer un trabajo con otro vigilante noche, pero que descansa los sábados ya que los sábados en la noche va a conciertos de *heavy metal* en un local del centro de Lima. Y otro más de un vigilante que cuida una edificio de 7 a. m. a 7 p. m. y luego cuida el edificio del frente (cruzando la pista nomás) de 7 p. m. a 7 a. m., de lunes a sábado (es decir, trabaja las 24 horas). Pienso reunir estos cinco trabajos en un largo compuesto por estas historias.. Reunidos esos cortos, el título que tengo en mente es *Moradas*.



**Foto 39. MCh: La hora azul y una jornada que se repetirá horas después.**



**Foto 40. MQ: La primera caseta donde trabajó como vigilante nocturno.**

Y es que siendo ellos quienes cuidan las moradas de otros, en esas 10, 12 o 16 horas, tratan de reconstruir su propia morada con elementos que dicen mucho de cada uno de ellos. Son moradas que se construyen y reconstruyen cada noche.

Componentes centrales en mi propuesta etnográfica entonces, los cortos documentales que aquí presento tienen su germen en la necesidad de un diálogo entre formas diferentes de acceder al universo de la subjetividad. Por eso, en cada documental he tratado de resaltar determinados aspectos de cada personaje. Aunque hay algo que une a ambos: en los dos encontramos a personajes que muestran su rutina de preparación para ir a sus casetas y luego camino a sus casetas. Este camino se convierte en un espacio inestable pero fundamental en el carácter testimonial de los sujetos.

### **Conclusiones**

Etnografía es representación y exploración (y hallazgo), con las problematizaciones conocidas de estos conceptos. La relación entre la representación y el hallazgo no es lineal. Es decir: el proceso de exploración (y los pequeños hallazgos que se van haciendo durante este proceso) ya va estableciendo un modo de acercamiento con estos sujetos que supondrá una reformulación de la representación previa (aquella con la que «llegamos» al campo). Y los procesos de representación verbal y visual permiten hallazgos tanto en el sujeto como en la relación del antropólogo con sus sujetos.

La antropología, en este sentido, tiene el valor de trabajar la otredad, o cómo la otredad y la subjetividad se van construyendo en un espacio y momento específicos. En este sentido, es clave su aporte para reforzar las posibilidades de convivencia que exigen las ideas de comunidad, sociedad, ciudad o nación. Esta convivencia supone una confluencia de tensiones: tensión del sujeto con los otros y con el entorno material, la(s) gramática(s) del espacio en que voy construyendo mi lugar, la vulnerabilidad de este lugar, las dificultades para congeniar la experiencia de lo público y lo privado, de la exterioridad y la intimidad.

Un aspecto clave para entendernos como sociedad es la representación que tenemos de nuestra ciudad, representación justificada o no, pero que funciona realmente en cómo me comporto con el otro, con los demás, con los espacios por donde transito y que definen mi noción de privado y público. Hay un discurso del riesgo de la calle, de un espacio por conquistar. En el contexto de esta representación, el portero o el vigilante, un ciudadano más, cumple un rol importante: es en él en quien depositamos nuestra tranquilidad, el cuidado de nuestra casa, nuestra materialidad, pero también nuestra privacidad. La pregunta que debemos plantearnos es cómo el portero y vigilante nocturno convierten un espacio tan reducido y tan vulnerable como las casetas para sobrellevar el silencio de diez o doce horas de trabajo y en una situación de vulnerabilidad laboral, ubicado dentro de un espacio y un rol, entre lo privado y lo público. Delgado (2007) encuentra puntos de intersección entre uno y otro, lo cual me permitirá abordar estos conceptos desde una posición liminar, clave para el estudio de los sujetos con lo que estoy trabajando:

«En el *dentro*, precisamente porque es el escenario de y para la estabilidad, uno puede sentirse prisionero de roles con los que no se siente identificado, obligado como está a un ejercicio permanente de la previsibilidad, **clavado al lugar** preciso que se le asigna a una estructura determinada» (Delgado, 2007: 28, resaltado mío).

Y desde este análisis de su cultura material y de su función de vigilancia, podremos acceder a una dimensión importante de estos sujetos y sus mecanismos de subjetividad a través de una memoria personal construida a la par del lugar y la cotidianidad (la caseta y su entorno vigilado).

Las motivaciones que tiene un investigador para tomar a un determinado grupo de personas como sujetos de análisis son de diversa índole: personales, profesionales, políticas, académicas. Esta lista no es cerrada. Pero, cuando se explican las motivaciones que llevaron a un investigador a desarrollar sus indagaciones sobre un grupo, esas motivaciones suelen construir la figura del investigador como un sujeto neutral, sujeto-modelo, siempre con interés genuino por la realidad del otro. Pero la distancia, lo sabemos muy bien, nunca se diluye. La propuesta de este ensayo es entender la función del antropólogo desde una mirada políticamente intercultural: el investigador reconoce y subraya su distancia social, cultural o experiencial en general ante el individuo o el grupo por analizar, y es desde esta diferencia que se propone como un sujeto que accede a un espacio de agencias ajenas. Para este fin, la antropología visual nos brinda una serie de herramientas propicias.

Hacer un trabajo etnográfico desde la cultura material, desde los espacios de desplazamiento de los sujetos, desde un registro fotográfico de los mismos sujetos y haciéndolos copartícipes de un producto audiovisual donde sus agencias sean canalizadas según su propia narratividad, todo esto nos ayudará a comprender mejor la posición de un sujeto en una condición social determinada: el sujeto cuya labor es mirar en medio de la noche en una ciudad violenta.

La acción de mirar incluye, en sí misma, la conciencia de la mirada del otro. MQ me enseñó algo: cuando miramos a otros, miramos sus ojos, o sea: miramos el mismo instrumento con el cual me devolverá la mirada. Muy pronto, MQ me colocó como parte de la investigación: me hizo ver que investigar a él era mirarlo y que mi curiosidad era sobre cómo él miraba su entorno. Esta lección me llevó a integrarme a la exploración vivencial pero siempre recordando que, así como intento estar cerca, es esta misma motivación la que me coloca a distancia de los sujetos a los que observo. Con MCh pasó algo similar: fue muy pronto que él se propuso como parte de la producción de un documental sobre su experiencia como vigilante nocturno. Con MCh la conciencia de mi mirada se hizo patente cuando él mismo me obligó a ponerme al costado en algunos momentos de la investigación y de la filmación. Finalmente, estaba yo «invadiendo» sus espacios, sea su casa, su camino o su caseta.

Todo los espacios son espacios de cotidianidad, incluso los laborales, lo cual nos lleva a ver la cotidianidad desde una condición laboral y no solo del ocio.

La pregunta es cómo se reformula la cotidianidad en cada espacio laboral. Hemos visto que, en la experiencia de MQ y MCh, ella se construye desde su memoria: no hay un quiebre radical, a modo de compartimentos estancos, entre la realidad laboral y la que se encontraría al margen de lo laboral. Al cumplir su labor en un espacio pequeño, durante largas horas y en medio de la noche, los sujetos van recreando, poco a poco, su subjetividad en estas casetas.

De hecho, podríamos concluir que la subjetividad condiciona las características de la cultura material y viceversa. Además, lo cotidiano no está en el rol cumplido sino en la presencia de ciertos rituales de comportamiento vinculados directamente con la autorepresentación del sujeto. Hay una función de la memoria en la construcción del lugar: MQ: mirada del otro, vigilancia, la Ley (nostalgia por el ejército); MCh: la madre, la familia, el cine (nostalgia familiar; ve películas con su mamá). La memoria, en este sentido, participa de la construcción del entorno donde se actualizará una «cotidianidad» laboral.

Esta cotidianidad está marcada por la presencia de referencias religiosas, que se condicen con ciertos discursos que se repiten: Dios, Jesús, Jehová y la masculinidad; la Virgen María y la figura materna. Estos elementos religiosos están directamente relacionados con algunos aspectos de cada sujeto: en el caso de MQ la figura del Dios católico le permite sobrellevar esa soledad, que solo se ve interrumpida cuando visita a su compañera Yolanda.

Por eso, en su cuarto, siempre tenía sintonizado un programa radial religioso, o en la televisión, un programa también de corte religioso; en el caso de MCh, su conciencia del paso del tiempo o de la fugacidad del tiempo era abordado, como ya hemos señalado, a través del historia de otros, como en las películas que suele ver y en las canciones, cine y música que lo acompañan cada noche en su labor como vigilante, pero también está la presencia de lo maternal y de la Virgen María, como elementos que le dan un sentido, un pasado o un futuro expectante.

Todo esto nos dibuja la cultura del régimen de la vigilancia informal en Lima: el sujeto que performa y cuya performance se actualiza desde una espacialidad y (re)crea un espacio desde la memoria; y también se actualiza desde una materialidad y dispone una cultura material alrededor de él: la biblia, el silbato, la cachiporra, los refranes de MQ; o los pesados equipos de imagen y sonido de MCh, que no están allí solo para ser usados —gozados— sino también para ser vistos, y que le permitirán la recreación de una subjetividad discontinua e inconclusa.

El régimen de vigilancia informal que hemos abordado no se funda en los imperativos —recordando el ya clásico libro de Michel Foucault de 1975—, de vigilar y castigar, sino de vigilar y performar. Más que la seguridad, lo que está en juego es la sensación de esa seguridad, sensación sustentada, a su vez, en la representación de ciertos roles. Mientras performamos, vigilamos, pero esta vigilancia no es solo hacia afuera sino también hacia adentro: las emociones, los deseos y los temores tanto del sujeto como de la comunidad.

## Notas

1. Esta etnografía fue una de las bases del proyecto de investigación que formó parte de mi tesis para optar al título de magíster en Antropología Visual, tesis titulada «Vigilar y performar: agencias y tensiones en la construcción de subjetividades en vigilantes y porteros informales en Lima».
2. Al inicio de mi investigación, mis interlocutores prefirieron mantenerse en el anonimato de las siglas. Esto fue cambiando cuando iniciamos, juntos, un proyecto audiovisual sobre ellos mismos en su condición de vigilantes nocturnos. En los documentales, ellos hablan y se muestran mediante mecanismos narrativos como la autorepresentación y el testimonio; por el contrario, en este ensayo acerca de la etnografía que guio y culminó en el documental, soy yo quien habla por ellos. Por eso, para este texto, se prefirió mantener el uso de las siglas, tal como fue su pedido en la primera etapa de la investigación.
3. Es cierto que, en los últimos años, han aparecido agencias muy reconocidas de vigilancia, pero estas trabajan sobre todo en empresas formales. Las casas, las empresas clandestinas o los negocios pequeños no suelen contratar estos servicios profesionales de seguridad.
4. Cfr. Miller, 1987: 101.
5. Todos los vigilantes nocturnos a los que conocí eran hombres. No pude encontrar una mujer ejerciendo esta labor en el campo informal de la seguridad (porque sí hay mujeres que trabajan como agentes de seguridad en turnos diurnos y nocturnos en empresas profesionales de seguridad). Conocí a una vigilante informal pero de día, en un turno igual de largo, de 12 horas, y así como ella, estoy seguro de que hay otros casos de vigilantes informales en turno diurno. Lo común, sin embargo, es que, en el caso de la vigilancia nocturna, se trate de una labor ejercida predominantemente por hombres.

6. Links para acceder a ambos documentales:

Moradas 1 - MCh: <https://youtu.be/RwneBf6VA10> (14.16).

Moradas 2 - MQ:

[https://www.youtube.com/watch?v=1wGFLfyqY0&feature=em-upload\\_owner](https://www.youtube.com/watch?v=1wGFLfyqY0&feature=em-upload_owner) (14.58).

### Bibliografía

BIEHL, João; GOOD, Byron; y KLEINMAN, Arthur.

2007. **Subjectivity. Ethnographic Investigations**. California, Londres: University of California Press.

BOURDIEU, Pierre.

1999. **Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción**. Barcelona: Anagrama.

CLASSEN, Constance.

1997. «**Fundamentos de una antropología de los sentidos**». En: *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, nro. 153.

DE CERTEAU, Michel.

1996 [1980]. **La invención de lo cotidiano 1. Artes de hacer**. México D. F.: Universidad Iberoamericana.

DELGADO, Manuel.

2007. **Sociedades movedizas. Pasos hacia una antropología de las calles**. Barcelona: Anagrama.

FOUCAULT, Michel.

2002 [1984]. «**Of other spaces**». En: *The Visual Culture Reader*, Londres, Nueva York, Routledge.

FUNDACIÓ ANTONI TÀPIES.

2007. **Imaginarios urbanos en América Latina: urbanismos ciudadanos**. Barcelona: Fundació Antoni Tàpies.

GUPTA, Akhil y FERGUSON, James.

1997. **Anthropological Locations. Boundaries and Ground of a Field Science**, introducción («**Discipline and Practice: "the field" as site, method and location in Anthropology**»). Berkeley: University of California Press.

HONNETH, Axel.

1997. **La lucha por el reconocimiento**. Barcelona: Universidad Javeriana.

LALIVE, Christian.

2008. «**La vida cotidiana: Construcción de un concepto sociológico y antropológico**». En: *Sociedad Hoy*, nro. 14, pp. 9-31, Universidad de Concepción (Chile).

LEFEBVRE, Henri.

1978. **El derecho a la ciudad**. Barcelona: Península.

MILLER, Daniel.

1987. «**The Humility of Objects**». En: *Material Culture and Mass Consumption*. New York: Basil Blackwell.

PEREC, Georges.

2001 [1974]. **Especies de espacios**. Barcelona: Montesinos.

RANCIÈRE, Jacques.

2006. «**Política, identificación, subjetivación**». En: *Política, policía, democracia*. Santiago de Chile: LOM.

VEGA CENTENO, Pablo.

2006. **El espacio público. La movilidad y la revaloración de la ciudad**. Lima: PUCP, Departamento de Arquitectura.

VERGARA, Nelson.

2011. «**Cotidianidad y significación: aproximaciones al tema de la memoria desde el pensamiento de Humberto Giannini**».

En: *Desenvolvimento e Meio Ambiente*, nro. 23, pp. 59-66, Universidad Federal de Paraná (Curitiba, Brasil).

ZAMORANO, Claudia.

2003. «**La aplicación de la noción de estrategia en los estudios urbanos franceses: las estrategias residenciales**». En: *Sociológica*. Año 18, nro. 51, pp. 165-187.